

LA ESCUELA HACIA UN NUEVO MODELO DE DESARROLLO

Franco Gesualdi



SUMMARY: *F. Gesualdi, Presidente del Centro "Nuevo Modelo de Desarrollo" en Pisa, nos ofrece un artículo denso y de palpitante realidad, dedicado principalmente a los maestros y educadores de niños y jóvenes. Convencido de la necesidad de un nuevo modelo de desarrollo para bien de toda nuestra Sociedad, y tras un análisis certero de las situaciones políticas, económicas y morales más graves que degradan y enfrentan actualmente a los pueblos, el autor presenta a la escuela y a su tarea educadora como el medio más eficaz para conseguir ese "nuevo modelo de desarrollo mundial" que haga del hombre -de cada persona- el centro de toda sociedad y sistema. Para que este proyecto no quede sólo en una bella "utopía", Gesualdi propone a los centros educativos tres objetivos y actividades, que él mismo va explicando de forma clara e interesante.*

F. Gesualdi, President of the Centre, "New Model of Development" in Pisa, offers us a dense article of touching reality, dedicated mainly to teachers and educators of children and youths.

Convinced of the necessity of a new model of development for the good of all our Society, and after an accurate analysis of the most serious political, economical and moral situations which nowadays degrade and confront people, the author presents the school and its educational task as the most efficient means of achieving that "new model of world development" which makes man- each person- the centre of all societies and systems. So that this project doesn't remain as a beautiful "utopia", Gesualdi proposes three objectives and activities to educational centres, which he himself explains in a clear and interesting way.

s un hecho verdaderamente estimulante que en la escuela se empiece a pensar cómo debe organizarse la enseñanza para dirigirnos hacia un nuevo modelo de desarrollo. Estimulante, no sólo porque la humanidad y el planeta tendrán una posibilidad de salvación, sino también porque esa es la prueba de encontrarnos ante una escuela que, finalmente, cumple con su oficio. El oficio de la escuela, de hecho, no es el que le asigna el poder: preparar los chicos que conserven el status quo. El oficio de la escuela es preparar chicos que quieran y sepan construir un mundo vivible, más humano, más justo, más democrático, más pacífico. En una palabra, un mundo mejor.

Don Milani en su Carta a los Jueces expresa esta idea muy eficazmente cuando dice:

“La escuela es distinta de la sala del tribunal. Para vosotros, magistrados, sólo vale lo que es ley establecida. La escuela, en cambio, se sitúa entre el pasado y el futuro y debe tener presentes a ambos. La Escuela es el difícil arte de llevar a los chicos por un filo de navaja: por un lado formarles el sentido de la legalidad (y en esto se parece a vuestra tarea); por otro, la voluntad de mejorar las leyes, es decir, el sentido político (y en esto se diferencia de vuestra tarea)...

Así que el maestro debe ser algo profeta, escrutar los signos de los tiempos, adivinar en los ojos de los chicos las cosas bellas que ellos verán claras mañana y nosotros sólo confusamente”¹.

Yo creo poder afirmar que las cosas bellas que los muchachos verán mañana, y nosotros sólo vislumbramos, es precisamente eso que llamamos "nuevo modelo de desarrollo", es decir, un sistema económico, social y político que, por fin, sea capaz de garantizar a todos los hombres de la tierra una existencia digna, liberada del hambre, de la miseria, del analfabetismo, de la esclavitud cultural, del desequilibrio psíquico.

Dondequiera que miremos hay señales que nos dicen que los sistemas contruidos hasta hoy han fracasado; y cuando hablo de fracaso no me refiero a la pérdida de poder, como le ha sucedido al comunismo real. No es el poder lo que cuenta, sino la gente. Desde este punto de vista es inútil que el capitalismo se sienta triunfante y que se pre-

sente como el único sistema válido. Sus fracasos son gravísimos, quizá irreparables.

Precisamente en nuestros días los periódicos están cantando las alabanzas de la tecnología capitalista: durante dos segundos, tras años de investigación y millones de gastos, se ha logrado mantener la fusión nuclear. Durante dos segundos hemos sido capaces de reproducir el sol en laboratorio y nos sentimos como los dioses. El sistema espera una energía inagotable para correr por la vía de la expansión.

También hace cuarenta años, cuando comenzó a perfilarse la idea de utilizar la energía nuclear para la producción de energía eléctrica, los periódicos gritaron y dijeron que finalmente la humanidad había resuelto el problema energético de forma definitiva y segura. Después ha habido varios incidentes nucleares que han culminado en el de Chernobyl, cuyos muertos no se conocen exactamente, ni el número de enfermos afectados por la leucemia. Por lo demás, nadie sabrá jamás cuántos niños nacerán deformes a causa de las bajas dosis de radiaciones absorbidas por las mujeres. Impertérrito el sistema continúa aventurándose en tecnologías cuyos efectos no conoce y cuyos daños no podrá controlar.

El sistema se defiende afirmando que tienen necesidad de una fuente energética inagotable porque la energía está en la base del crecimiento productivo. Pero la pregunta que hay que hacerse es otra: ¿es posible continuar por el camino emprendido?. Naturalmente el sistema responde que la pregunta es ociosa, pero de la realidad nos llegan señales alarmantes.

Los bosques y los lagos se mueren bajo el efecto de lluvias ácidas formadas por el anhídrido sulfúrico contenido en los gases vertidos por las industrias y los tubos de escape de los coches. De esos mismos vertidos sale anhídrido carbónico que se acumula en la atmósfera y produce el llamado "efecto invernadero", un fenómeno que provoca el recalentamiento del planeta y que tendrá consecuencias catastróficas. Los primeros en notarlas serán los mares, que, a causa de la expansión térmica y del deshielo de los casquetes polares, aumentarán. "Nature", revista científica de la UNESCO prevé que en el 2025 la temperatura terrestre habrá aumentado de un 0,6 a 1 grado centígrado y que los mares crecerán de 4 a 8 centímetros, amenazando directamente a ciudades como Londres, Bangkok y Venecia. Por lo demás, un gigantesco

iceberg de unas dimensiones de 250 por 62 Km, situado en la Bahía de Whales, en el Antártico, ha empezado a romperse.

El otro gran motivo de preocupación del efecto invernadero son los cambios climáticos y, con ellos, las cosechas agrícolas. La tierra ha conocido muchos cambios desde sus orígenes hasta hoy y la tierra sobrevivirá. Pero quienes tendrán dificultades serán los hombres: ante cambios climáticos repentinos los hombres no tendrán tiempo de recurrir a remedios y sucederá que los débiles sucumbirán y los fuertes se harán más prepotentes para garantizar su existencia. Parece que las zonas más comprometidas ante los cambios climáticos serán las zonas templadas y, si nuestra producción de alimento se viera seriamente comprometida, contemplaremos un Norte capaz de usar todo su potencial bélico en la aventura de nuevas formas de colonización, con efectos desastrosos para la gente del Sur del mundo y más teniendo en cuenta su aumento demográfico. Por lo demás, la guerra del Golfo ha demostrado lo fuertes que todavía son los impulsos colonizadores.

Nosotros, los del Norte del mundo, estamos preocupados, sobre todo por la contaminación atmosférica y, mientras miramos preocupados al aire, olvidamos lo que pasa en el suelo. En los últimos veinte años, a causa de la erosión, el planeta ha perdido el equivalente a toda la superficie cultivable de los Estados Unidos. El afán por lograr que la tierra rinda más de cuanto puede dar la conduce a la muerte. La tierra no es sólo una mezcla de potasio, azufre y fósforo. La tierra es también un pulular de insectos, gusanos y bacterias que la nutren y le dan la estructura adecuada para resistir a los vientos, al sol y a las lluvias arrasadoras. Pero el hombre productivista descubre que inundando la tierra de abonos químicos y pesticidas las plantas crecen deprisa y dan frutos abundantes. Y así el hombre productivista piensa que ya no hay necesidad de respetar los ciclos de reposo de la tierra ni de integrarlo en el ciclo natural que prevé la presencia del ganado. Ve sólo la tierra como un soporte para realizar su alquimia sin fin. Se consolidan los monocultivos y la agricultura industrial. Y poco a poco, la tierra muere y, sin componentes vitales que le den su justa estructura, se pulveriza, se deja empobrecer por los vientos y arrasar por las lluvias. En poco tiempo se hace estéril e inepta para cualquier tipo de cultivo.

Mientras, la deforestación avanza con todo lo que eso comporta para la producción de oxígeno y liberación del anhídrido carbónico. La hoguera incesante de la Amazonia quema cada año un área del tamaño de media Bélgica para satisfacer la civilización de la avaricia; y, en toda la América Latina, la tierra está a punto de desnudarse y hacerse árida. En América Latina mueren veintidós hectáreas de selva por minuto, sacrificadas, sobre todo, por empresas que producen carne o madera a gran escala, para el consumo exterior. Los terneros de Costa Rica se hacen hamburguesas en los Estados Unidos, vendidas en los fast food de la McDonald's. Hace medio siglo los árboles cubrían tres cuartas partes de este pequeño país. Hoy ya no quedan muchos y al ritmo de la actual deforestación, al final de este siglo Costa Rica estará completamente "desnuda". Este país exporta carne a los Estados Unidos e importa pesticidas que los Estados Unidos prohíben en su casa. El sistema dice que todo esto está sacrificado en el altar del bienestar. Pero ¿de qué bienestar está hablando?

Ciertamente nuestras tiendas están llenas de objetos, y nuestras casas: alimentos en abundancia, vestidos que se cambian en cada cambio de estación, estéreo, televisores y lo que todos sabemos. Es obvio: buena parte de todo cuanto consumimos es para ostentar un status social, y el coche también. Pero hace pensar que en Italia, recientemente, el automóvil no se ha usado para correr por la autopista con la novia sino como cámara de gas. En Italia hemos tenido nueve jóvenes que se han suicidado encerrándose en el coche que expulsaba sus gases en el interior. Todos han dejado un mensaje del tipo "Hemos querido acabar con esta vida sin perspectivas", o bien "Cansado de la realidad de la vida e incapaz de construir otra". En el último decenio se han suicidado en Italia dos mil cuatrocientos cincuenta y seis jóvenes entre catorce y veintiún años y otros cinco mil treinta y nueve han intentado el suicidio. En países más ricos la situación es todavía peor. Según una relación publicada por un diario suizo, uno de cada tres adolescentes ha meditado seriamente, en los Estados Unidos, sobre si suicidarse o no.

El suicidio es la forma extrema de fuga de una realidad que no se logra afrontar ni tolerar. Pero hay otra forma de fuga, menos drástica y elegida por más, que está invadiendo nuestra sociedad como un cáncer: el uso de sustancias que alteran el estado de conciencia. La lista de

estas sustancias es larga y va desde los tranquilizantes a los somníferos, desde la marihuana a la coca, desde el alcohol a la heroína. Las estadísticas son dramáticas. Por hablar sólo del alcohol, que es una droga lícita, en Francia mata cada año unas veinticinco mil personas de cirrosis, psicosis alcohólica, accidentes y suicidios.

La toxicodependencia es la señal de un creciente malestar en nuestra sociedad y denota ansiedad, angustia, insatisfacción y marginación social, depresión psíquica y sentimiento de vacío espiritual. Todo esto no puede definirse como bienestar.

En realidad estamos viajando sobre un gran equívoco conceptual y lingüístico que el sistema ha creado intencionadamente y la escuela debe corregir. La escuela debe decir que el capitalismo, situado sobre la producción y las ventas ve al hombre únicamente como fuerza de trabajo y consumidor. Por esto su concepción del bienestar se basa en la cantidad de riqueza poseída y el nivel de consumo. Pero el sistema olvida que el hombre no sólo es un estómago que llenar, un maniquí que vestir o un rostro que maquillar. El Evangelio dice que el hombre no vive sólo de pan. Jesús lo dijo hace dos mil años, pero parece que lo dijese pensando en el hombre del siglo veinte.

El hombre también es relaciones afectivas, y también creatividad, y también espiritualidad, y también socialidad. Existe verdadero bienestar cuando todos estos aspectos de la realidad humana se satisfacen y, por tanto, el sistema nos engaña cuando despacha como bienestar lo que en realidad es opulencia y consumismo.

Pero el sistema también nos engaña cuando dice que su objetivo es garantizar riqueza a todos. La realidad nos dice lo contrario, porque, entre los dos, no aumentan los ricos, sino los pobres, a empezar por los países del Norte. Más de cien millones de habitantes de los países industrializados, con economía de mercado, viven por debajo del umbral de pobreza. Si se incluyen los países industrializados del Este, esta cifra alcanza casi los doscientos millones. Un tercio de los pobres de los países industrializados se encuentra en los Estados Unidos. En esta nación, más de 32 millones, es decir el 13% de la población, vive en un estado de pobreza. La relación mundial sobre el desarrollo humano, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, dice textualmente: "La oficina americana de estadística publica anualmente

estadísticas sobre el nivel de pobreza. Pero éstas sólo dan una pálida idea de la ansiedad de los pobres, que sobreviven con dificultad, que luchan contra el hambre y que crían niños mal vestidos y poco preparados para sus responsabilidades de adultos". Por lo demás, los Estados Unidos, aún representando nuestro modelo cultural, económico y social, son la única nación industrializada avanzada sin un sistema nacional de seguridad contra las enfermedades. Por el contrario, está a la cabeza en porcentaje de población reclusa y su tasa de criminalidad no tiene equivalente entre los países que disponen de un servicio de estadística.

Pero el mayor escándalo de nuestra época es la pobreza existente en el Sur del mundo. Las cifras son horripilantes. Según los datos de la Organización Mundial de la Salud, cinco millones de niños mueren anualmente de diarrea, ochocientos millones de personas están desnutridas, cien millones de personas carecen de un techo, mil millones de personas no tienen un alojamiento aceptable, cuatro campesinos de cada cinco no disponen de servicios higiénicos, uno de cada ocho niños muere antes del primer año y anualmente se registran diez millones de nuevos casos de tuberculosis.

Sin embargo, el dato que resume el drama de la pobreza del Sur del mundo es el de la pobreza absoluta. Desde un punto de vista estadístico, pobre absoluto se define a quien tenga una renta anual inferior a los 275 dólares anuales (la renta media española es de siete mil quinientos dólares al año). Desde el punto de vista práctico significa no disponer de una casa digna de tal nombre, no tener vestidos de repuesto, no tener calzado, no tener jabón para lavarse, no saber leer ni escribir, no tener la garantía de un plato de sopa diario.

Pues bien, un cuarto de la población del Sur del mundo, es decir, mil millones de personas viven en estas condiciones. Las hallamos sobre todo en los campos, aunque la tendencia sea la de concentrarse en las "favelas" de las periferias urbanas, que crecen al ritmo incluso de medio millón de personas al año, como sucede en la Ciudad de Méjico.

Sobre la pobreza del Sur del mundo se dicen muchas mentiras. Se echa la culpa a su ignorancia, a que hacen demasiados hijos, a las contrariedades climáticas. La pobreza existe porque la economía no está organizada para satisfacer las necesidades de quien sufre, sino los inte-

reses de las multinaciones y de las oligarquías locales. Lo demuestra el análisis de la distribución de la riqueza, tanto en el Norte como en el Sur del mundo. Italia, por ejemplo, que cuenta con 10 millones de pobres, al primer 20% de la población le asigna únicamente el 4% de la renta nacional. Bien es verdad que esto no es nada respecto a la situación del Brasil. Según una relación de la Iglesia brasileña, en 1989 el cincuenta por ciento de la población brasileña sólo disponía del tres y medio por ciento de la renta producida. Y, al contrario, el 10% más rico se apropiaba del cincuenta y tres por ciento de la riqueza producida.

Sobre los daños ambientales, sociales y humanos provocados por este sistema podríamos seguir mucho, pero en este lugar nuestro objetivo no es hacer un análisis detallado de la situación. El objetivo es comprender lo que debe hacer la escuela para contribuir a la construcción de un futuro más justo y más humano. Yo creo que la escuela debe fijarse tres objetivos:

- 1° hacer conocer la realidad
- 2° aclarar en qué dirección debemos caminar
- 3° indicar las palancas de presión económica

La primera función es mostrar la realidad a los chicos.

Pero, atención, la realidad social y económica es una realidad compleja, compuesta de muchos elementos y, antes de hacer un programa de estudio, la escuela debe tener algunos puntos claros. Ante todo, debe tener claro que la propuesta de representación de la realidad hecha por el sistema, no es sólo parcial sino desviante. Los datos que ofrece el sistema para ilustrar la situación son: el producto nacional, el aumento del consumo, la cuota de ahorro de renta nacional, las importaciones y las exportaciones. Y es en base a estos indicadores como se mide el estado de salud del sistema.

La Banca Mundial y el Fondo Monetario Internacional usan estos indicadores para señalar el estado de salud incluso de economías donde la gente se muere de hambre junto a minorías que viven como los marajás. Pero preguntaos un poco: un aumento del producto nacional ¿qué ventajas trae a los sintierra, los parados, los chicos callejeros, en una palabra, a los excluidos del sistema de un país como

Brasil, la India o Thailandia? El efecto puede que haya sido incluso negativo, tal vez porque el aumento ha sido acompañado de la introducción de nuevas tecnologías que han creado más desempleo. En la India, gracias a tecnologías sofisticadas, la producción agrícola ha aumentado considerablemente. Pero el uso de tecnologías costosas ha provocado una concentración de tierras en pocas manos y el resultado final ha sido que el aumento de producción de arroz no ha servido para combatir el hambre de los hindúes, sino que ha tomado el camino de la exportación. Y, al contrario, en la India, el número de pobres y hambrientos ha aumentado.

Y ¿qué decir de una nación cuyo producto nacional aumenta, pero el aumento lo usa el estado para potenciar su arsenal bélico en vez de construir escuelas u hospitales? o ¿de una nación cuyo aumento de producción debe servir para devolver deudas contraídas por gobiernos procedentes para gastos inicuos?

Es inútil seguir concentrando nuestra atención sobre las dimensiones del banquete. Hay que preguntarse si en él participan todos o si hay excluidos. Si todos pueden comer en la mesa o hay quien debe contentarse con las migajas que caen al suelo. Si los alimentos que llegan a la mesa se sirven a los comensales, o si los camareros los retiran enseguida para llevárselos, todavía intactos, a otras salas ya repletas de manjares.

Así que los indicadores de contabilidad nacional que nos proponen, como mínimo deben completarse con muchas otras noticias: ¿quién tiene el poder de decidir qué y dónde hay que producir?, ¿cómo está dividida la propiedad de la tierra?, ¿cómo está distribuida la renta?, ¿para quién se produce?, ¿cómo se reparten los impuestos?, ¿cómo usa el estado el dinero público? ¿quién se beneficia de una estructura económica basada en las exportaciones?

Y todavía no basta. El sistema siempre nos ha presentado la economía como un coche que viaja como si no tuviera relación alguna con los demás aspectos de la vida humana o natural. La realidad, sin embargo, nos demuestra que ninguna otra actividad está tan íntimamente conectada con las demás esferas del vivir humano y natural. Basta pensar en la conexión entre economía y fin de las reservas, economía e impacto ambiental, economía y salud, economía y tecnología, economía y bienestar, economía y participación, economía y justicia, economía y política, economía y represión, etc.

La escuela no debe perder nunca de vista estas numerosísimas interconexiones y debe hacérselas notar constantemente a los chicos.

En todo caso, el problema que se le plantea a la escuela es otro: cómo informarse.

Mi respuesta es que debe usar todos los instrumentos posibles a partir de lo vivido por cada uno de los chicos y a partir de nuestra realidad local. ¿Cómo se vive en nuestras familias? ¿Viven todas de la misma manera o algunas viven peor? ¿Hay parados? ¿Se vive de la agricultura o la industria? Si es zona turística, ¿a quién ha beneficiado la construcción de hoteles? ¿Qué cambios culturales y sociales ha introducido el llamado desarrollo económico? ¿Cómo ha cambiado el paisaje? ¿Cómo ha cambiado la estructura de la ciudad?. En ella ¿se vive mejor o peor? Por lo tanto, en lo concerniente a la realidad local no debería haber problemas y es necesario valorizar al máximo esta dimensión. Por lo que toca a la realidad nacional e internacional no hay más remedio que entregarse a los medios de información. Pero aquí el papel de la escuela debe ser doble: por una parte de demolición y por la otra de construcción. Demolición de los lugares comunes y de la propaganda transmitida por los medios de información de masas, completamente orientados a dejar paso sólo a las noticias y claves de lectura que agradan a los amos del sistema, porque a ellos pertenecen las televisiones y las cabeceras de los diferentes periódicos. En muchas casas la televisión está encendida desde la mañana hasta la noche y acaba siendo el púlpito que enseña a todos, da clase e imparte la misma cultura. Hoy, más que nunca, los profesores deben acoger las palabras de Carta a una Maestra: “*La única defensa de los pobres contra las modas podríais ser vosotros*”². Hoy, una de las tareas principales de la escuela es proporcionar el sentido crítico, esto es, la capacidad de saber distinguir la crónica de un hecho de su interpretación saber dar la propia interpretación de los hechos de forma libre, autónoma y completa.

A la luz de estas consideraciones, yo comienzo a ser escéptico respecto al uso del periódico. No sólo porque da noticias parciales y tendenciosas, sino también porque el problema del periódico, además del de hacer cultura, es el de vender y para vender debe ofrecer noticias sensacionales y espectaculares. Por lo demás, el periódico, por su

ritmo. obliga a lecturas apresuradas. Por ello tiendo más a la lectura atenta y profunda de semanarios o revistas mensuales bien escogidas, Importa menos si hemos de ocuparnos de noticias sucedidas hace unos días. La escuela no es la sede del partido que debe emitir sus propias posiciones nada más ocurrir los hechos. La escuela es lugar de reflexión y formación y, como se sabe, para estas funciones hace falta tiempo.

He dicho que el segundo objetivo de la escuela es indicar la dirección en que debemos ir. Y es que la escuela se proyecta hacia el futuro y, precisamente porque se trata de futuro, no puede hacer otra cosa que indicar las directrices de la marcha. Serán los chicos, una vez mayores y ciudadanos soberanos, quienes definan las fórmulas de actuación en base a las condiciones existentes.

También ahora el punto de partida debe ser el presente, porque antes de proponer lo nuevo hay que justificar porqué es necesario abandonar lo viejo. Por tanto, la investigación será más teórica: se trata de explicar los principios en los que se basa el sistema y que le dan esta fisonomía.

El capitalismo se nos presenta como un sistema complejo y elaborado. La verdad es que complejo sí lo es, pero elaborado no, porque consiste en elevar al nivel de sistema el interés del empresario mercantil. Ahora bien, es notorio que la mentalidad del comerciante empresario es tan burda cuanto simple. El comerciante es una persona que, disponiendo de una cifra "equis", compra cierta mercancía que trata de volver a vender a un precio lo más alto posible, para ganarle lo más posible. Después comienza de nuevo la operación con el intento de agrandar sin medida su riqueza.

Naturalmente, sus posibilidades de ganancia dependen, además que del precio que logra alcanzar, del coste de la compra y, también, de la cantidad de mercancía que logra vender. Por eso las estrategias del empresario mercantil tienden a mantener bajos los costes y a controlar un mercado lo más grande posible.

Si miramos las cosas al nivel del sistema, encontramos coincidencia de objetivos y estrategias. El objetivo del capitalismo es la expansión productiva y financiera a ultranza. La experiencia nos muestra que el sistema busca el crecimiento de manera obsesiva: no dosifica el cre-

cimiento según las necesidades de la gente, sino que obliga a la gente a adaptarse a las necesidades del crecimiento. El consumismo, con todo lo que obtiene en el plano de la publicidad y de la imposición de productos, a menudo dañosos, es una de las demostraciones más evidentes.

En cuanto a las estrategias, ellas son la explotación del trabajo y de los recursos (definidos como ahorro de costos), la injusta distribución de la riqueza (definida como remuneración del capital), la competitividad y el libre mercado.

Los teóricos de la economía capitalista nos presentan estas reglas como si fueran leyes de la naturaleza. En realidad son estrategias para permitir triunfar a los más fuertes. No es casual que en el seno del GATT, donde se discute la normativa para el comercio internacional, sean los países más fuertes económicamente y las multinacionales, quienes se batan más para lograr un mundo sometido a las reglas de la competitividad y el libre mercado. Las multinaciones saben que sin limitaciones aduaneras o cierres de fronteras, se convertirán en las dueñas indiscutibles de la economía planetaria. Las latas vacías de Coca Cola, ya presentes también en el Kalahari, son el símbolo de su invasión. En cuanto a los pequeños productores y a las frágiles economías, están llamadas a ser barridas sin defensa alguna. En junio de este año, por ejemplo, la Unión de industriales de México ha hecho público que más de treinta mil mejicanos han perdido su trabajo como consecuencia de la liberación del comercio exterior, iniciada en 1985. El hecho es que muchas empresas mejicanas se han visto obligadas a cerrar porque no han podido sostener la competitividad de los productos importados bajo el régimen de libre mercado.

Pero las sagradas leyes del libre mercado no sólo se esfuerzan en garantizar a las multinacionales una vía libre para situar sus productos en cada rincón de la tierra. Se esfuerzan también en garantizar condiciones favorables para poderse surtir de materias primas a bajo precio. Es típico el caso del café.

Hasta 1989 el precio internacional del café se mantuvo estable gracias a un sistema de estabilización derivado de un acuerdo entre productores y consumidores. El acuerdo no sólo preveía formas de supresión y retiro del café del mercado, para mantener estable el pre-

cio, sino que establecía también las cuotas de exportación para cada país. El procedimiento había funcionado durante veintiséis años con beneficios para todos, pero el tres de julio de 1989 se decidió su desmantelamiento porque chocaba contra las reglas del libre mercado.

Al día siguiente mismo, los precios, ya en descenso en previsión de este acontecimiento, habían bajado cien libras esterlinas la tonelada, porque todas las reservas de café mantenidas congeladas para regular el mercado, se liberaron para su venta, creándose una situación de oferta muy superior a la demanda.

Con el tiempo ha empeorado la situación, porque la falta de acuerdo ha desencadenado una guerra entre pobres, transformando los países productores en fieros competidores. Con la vana intención de conquistar un ancho sector del mercado, cada uno ha aumentado su producción pero el único efecto obtenido ha sido una ulterior reducción de los precios, asentados hoy en quinientas esterlinas/tonelada. Es decir, un precio la mitad del que estaba en vigor en mayo de 1989, antes de que cayera el acuerdo internacional del café.

Por lo demás, la prospectiva no es halagüeña, porque se han acumulado grandes excedentes. Se cree, por ejemplo, que los Estados Unidos tengan una reserva de seis millones de sacos y la CEE (Comunidad Económica Europea) incluso de diez millones de sacos.

Se ha logrado el objetivo de las multinaciones del comercio del café (ACLI de la Cargill, J. Aron de la Goldman Sachs, Volkart, etc.) y de los torrefactores (Nestlé, General Foods, Procter & Gamble, Sara Lee). Pero los consumidores no se han beneficiado de esta situación, porque los precios, grosso modo, han permanecido iguales.

Sólo han aumentado las cuotas de ganancia de las multinaciones, en detrimento de los países productores, como ha denunciado el pasado quince de Aril Eliah Mawgala, presidente de la organización interafricana del café nos dice que antes de la caída del café, nuestros países recibían el 46 por ciento del precio final pagado por el consumidor. Hoy no reciben más que el veinticinco por ciento. Los torrefactores siguen aumentando sus ganancias, mientras los precios al productor siguen bajando.

Es inútil decir que, en el variado mundo de la producción del café, quien más pierde, cada vez que baja el precio en el nivel internacional,

sin los braceros de las plantaciones y los pequeños productores. Porque los propietarios agrícolas y los comerciantes locales tratan de parar el golpe apretando las cuerdas de la explotación.

A los chicos hay que saber explicarles bien que cada sistema económico es el fruto de opciones sociales y de principios. La opción social del capitalismo es el empresario mercantil. Sus opciones de principio son la supremacía del dinero por encima de todo, la acumulación y la afirmación del más fuerte. Inevitablemente ha saqueado pueblos enteros dejándoles a la deriva; ha saqueado el planeta sin preocuparse del porvenir de nuestros hijos, ha violado los equilibrios ambientales, ha generado un mundo traspasado por profundas injusticias. Y luego tiene el valor de llamar a todo esta "desarrollo económico".

Así que, para no caer en equívocos, cada intento de un nuevo modelo de desarrollo debe comenzar por la claridad de lenguaje y en vez de hablar de desarrollo económico, habrá que hablar primero de desarrollo humano.

A primera vista, este cambio de adjetivo puede parecer de escaso significado. De hecho, es una revolución cultural, porque produce orden en la escala de valores. No cuenta el dinero, ni la acumulación fin en sí misma, ni el mercado. El hombre cuenta. El hombre con todas sus exigencias, materiales, afectivas, sociales, psicológicas y espirituales. El hombre presente y futuro. El hombre como ser inscrito en la creación. El hombre del Norte, del Sur, del Este y del Oeste.

Poniendo al hombre en el centro de nuestra atención, cada una de nuestras opciones se hará en función suya y, automáticamente, se colocarán otras ideas en la base del vivir económico, social y familiar. Los nuevos valores inspiradores serán el sentido del respeto, el sentido de la justicia, la solidaridad, la participación real, la no violencia, la conciencia de los límites humanos, la conciencia de la propia transitoriedad, la conciencia de que la tierra nos la han dado en préstamo nuestros hijos, la conciencia de que es más importante el ser que el tener.

Con estas ideas/guía en la cabeza se encontrarán fórmulas justas para la gestión de la propiedad, la gestión de las empresas, la gestión de la tecnología la gestión de la seguridad social. El grado de profecía de la escuela no puede y no debe llegar a definir estas fórmulas, aun-

que no fuese más que porque su validez hay que experimentarla. Pero desde ahora puede indicar sectores determinados de mayor compromiso. Una primera indicación es que el Norte deberá revisar completamente su nivel de crecimiento económico. De hecho, está demostrado que la justicia sobre la tierra no puede realizarse conduciendo a toda la población terrestre hasta nuestro tenor de vida, porque, si todos los habitantes del planeta consumieran cuanto consumimos nosotros, se necesitarían otros seis planetas para ser utilizados como fuente de materias primas y como basurero de desechos. Por lo demás, si en el Norte morimos por exceso de consumo, en el Sur se muere por exceso de privaciones. Es evidente que su desarrollo humano también pasa a través de una mayor disponibilidad de alimento, vestidos, medios de transporte, alojamiento, estructuras sanitarias, maquinaria. Y todo esto requiere un crecimiento productivo, que el Sur sólo podrá construir si el Norte renuncia al papel del león en el uso de las reservas y en la producción de desechos. Basta decir que la población del norte del mundo, que acoge al veintiséis por ciento de la población, consume el ochenta por ciento de los recursos de la tierra y produce dos tercios de anhídrido carbónico descargado en la biosfera.

Conviene recordar que, al menos un diez por ciento de este crimen se debe a la producción de armas, y que la lucha contra este escándalo es otro sector de actuación inmediata.

Vamos ahora a la tercera tarea: la de indicar las palancas para presionar sobre el sistema y empujarle para que camine hacia un nuevo modelo de desarrollo.

Si abrimos un libro de educación cívica, leemos que el instrumento mayor a disposición del ciudadano para intervenir en la vida pública es el voto. La lógica que subyace es que, una vez elegidas las alienaciones partidísticas, toca luego al Parlamento, al gobierno y a las demás instituciones, introducir el cambio.

Pero ¡atención!. A través del voto, ejercemos un poder cada vez más pequeño, porque el poder de instituciones como el Parlamento y el Gobierno nacional va vaciándose en lo tocante a la situación económica. Y ello se debe a dos razones:

De una parte, por un cambio en la orientación política; de otra, por la internacionalización de la economía.

Por lo que atañe a la orientación política, hoy asistimos a un predominio de la concepción liberal, que atribuye al Estado sólo la gestión de aquellos servicios colectivos que no se pueden comercializar. Por ejemplo, el orden público, la defensa, el registro civil. De aquí la demolición de los servicios sociales como la sanidad, la escuela pública, correos... y, al contrario, el crecimiento de la privatización.

Por lo que atañe a la internacionalización de la economía, es debida a la evolución natural del capitalismo, que aspira a expandirse tanto como producción como en cuanto al mercado. Todo el mundo es considerado como una gran mina y un gran mercado. Por eso, los reales actores de la economía son las multinaciones y las instituciones internacionales que se ponen a su servicio. Las principales son el FMI (Fondo Monetario Internacional), el Banco Mundial y el GATT (General Agreement on Tariffs and Trade/Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio). En ellos se definen los destinos de la deuda del Tercer Mundo y se definen las reglas del comercio internacional, que, aparentemente, son reglas técnicas sin importancia. En la realidad, influyen en la vida de la gente, sobre todo en el Tercer Mundo. Porque interfieren en las políticas agrícolas, en las políticas alimentarias, en la posibilidad de expansión industrial, en las políticas sociales. A partir de lo que se decide en el interior del GATT, los campesinos del Sur del mundo pueden fracasar o sobrevivir, pueden mantener su tierra o perderla, pueden quedarse en el campo o acabar desempleados en la ciudad.

Frente a esa internacionalización, la tarea de los Parlamentos es cada vez más marginal y se reduce a la ratificación.

Bueno, la escuela no puede ignorar esta nueva situación y tiene que enseñar a los chicos a valorar otros medios de intervención, para cuya comprensión es necesaria una premisa. La premisa es que el sistema no está en pie por sí mismo, sino porque nosotros lo sostenemos actuando como él quiere.

La escuela, entonces, tiene que transmitir dos mensajes: que todos somos responsables de lo que ocurre en el mundo y que tenemos poder para hacer cambiar el sistema, simplemente actuando la no-colaboración en el sector del trabajo, del consumo y del ahorro.

Pero atención: las instituciones a las que hoy pedimos opciones nuevas son las mismas que han sostenido y todavía sostienen este sistema inicuo. Es verdad que hoy se habla en todas partes de ecología y desarrollo sostenible. Pero la Banca Mundial continúa financiando proyectos catastróficos que prevén la emigración masiva de millares de personas; el Fondo Monetario Internacional continúa impertérrito imponiendo a los países del Sur políticas de saneamiento de la deuda, que empujan a los estados a explotar cada vez más sus reservas naturales y a practicar recortes en los gastos sociales. Por eso no se puede delegar y luego desaparecer.

Por lo demás, los temas que hay sobre la mesa son tan graves y urgentes que hay que poner en práctica, al mismo tiempo, todos los medios posibles. Las instituciones deben hacer su parte, pero no olvidemos que nosotros tenemos también a nuestra disposición otros medios de intervención que, a diferencia del voto, pueden tener un influjo directo sobre los centros del poder económico. Esta posibilidad no se deriva de determinados derechos garantizados por las leyes, sino de la voluntad de vivir de forma responsable ciertas funciones cotidianas como el trabajo, el ahorro, el consumo.

Al aceptar trabajar en cualquier fábrica, garantizamos la supervivencia también de aquellas altamente contaminantes, que producen objetos inútiles y dañinos como las armas. Al depositar nuestros ahorros en cualquier banco, sostenemos también los que financian a Suráfrica y otros regímenes represivos.

Al consumir alegremente todo lo que nos propone la publicidad, sostenemos también el comercio de productos obtenidos en las peores condiciones de explotación y degradación ambiental.

Pero intentemos imaginar qué sucedería si empezásemos a elegir.

Imaginemos, por ejemplo, que los consumidores del Norte dejen de comprar los productos de la empresa "Del Monte", culpable de maltratar a los braceros de sus plantaciones. A no ser que quiera retirarse del mercado, Del Monte estaría obligada a dar a los trabajadores del Sur mejoras salariales. Imaginemos aún que en el Norte se interrumpen las compras de todos los productos fabricados con madera tropical. Sin perspectivas de venta, las empresas madereras no hallarían más interés en talar las plantas tropicales y el asalto a las selvas húmedas disminuiría.

Estos ejemplos confirman que, para funcionar, el sistema tiene necesidad de nosotros. Por eso tenemos poder. Pero el revés de la moneda del poder es la responsabilidad.

Un refrán dice que "tan ladrón es quien roba como quien lleva el saco" y si nosotros continuamos trabajando, consumiendo y ahorrando como nos pide el sistema, nosotros, últimos eslabones de la cadena, respondemos solidariamente con los poderosos de la tierra por los horrores que se están cometiendo. He ahí porqué, frente a los productos manchados de demasiado sudor mal pagado, de demasiada destrucción ambiental, de demasiada infelicidad de niños hechos trabajadores antes de tiempo, debemos negar al sistema nuestra complicidad.

Si esta sensibilidad estuviera más arraigada y la escuela hubiera habituado más a los chicos a descubrir en cada circunstancia la responsabilidad que nos compete, tal vez la humanidad no hubiera conocido ciertas tragedias.

Una característica de la no-colaboración es que para ponerse en práctica no necesita burocracias ni funcionarios ni órdenes. Sólo hace falta convencimiento personal. Pero, si cada una de las "objeciones" se coordina dentro de iniciativas colectivas, son más incisivas, no sólo porque asumen un peso con el que el sistema debe contar, sino también porque logran expresar demandas claras, que permiten al poder comprender en qué dirección debe ir.

La experiencia demuestra que cuando un boicot está bien organizado (en el sentido que se adhieren muchas personas y se razonan bien las acusaciones), triunfa. A veces, incluso basta la amenaza de boicoteo.

La petición de realizar ciertos boicoteos nos llega también del Sur del mundo. El sindicato del plátano de Colombia, por ejemplo, se ha dirigido a los consumidores europeos pidiendo que no se comprasen plátanos de la región de Urabá, hasta que no terminen las represiones sindicales por parte de los dueños de las plantaciones.

Hojeando una revista como "The ethical consumer" se descubre que la petición de ayuda a los consumidores del Norte llega también de naciones de nueva industrialización proveniente de algunos sectores industriales. Es el caso, por ejemplo, del sindicato/electricidad de

Corea del Sur, que ha pedido boicot de la Philips para protestar contra el despido de trescientos obreros decidido por la filial surcoreana Crown Electronics Company.

Esto demuestra que en el Sur tienen más conciencia que en el norte del poder que se esconde detrás de nuestro consumo. Un poder aparentemente pequeño, pero que puede poner de rodillas a las potentes multinaciones, si se gestiona y organiza adecuadamente.

Los pobres del Sur nos piden tomar en serio este pequeño poder y que comprendamos de una vez por todas que el consumo es una especie de referendum al que estamos sometidos diariamente. Si consumimos acríticamente todo lo que nos propone la publicidad, no sólo decimos sí al sistema, sino que nos hacemos cómplices de los peores crímenes humanos, sociales y ambientales. Por ejemplo, comprando cualquier café, sin saber en qué condiciones se ha obtenido, es muy probable que estemos apoyando a los propietarios de las plantaciones contra los braceros, que ayudemos a las multinacionales a enriquecerse a espaldas de los pequeños agricultores, que permitamos a gobiernos reaccionarios lograr divisas para la compra de armas. Pero, si comenzamos a elegir sólo los productos que responden a determinados requisitos sociales y ambientales y descartamos todos los demás, no sólo demostramos al sistema que las cosas, así como están, no nos satisfacen, sino que señalamos también en qué dirección queremos que vaya.

Y esta es la cuestión: los pobres del mundo del Sur no quieren ya saber de limosnas ni de asistencia técnica. Piden que nos comprometamos a su lado para que triunfe la justicia, con todos los medios que tenemos a nuestra disposición: desde el voto hasta el consumo responsable.

En el Sur de Europa acabamos de empezar a descubrir el poder del consumidor, del ahorrador, del ciudadano que paga impuestos. Pero en los Estados Unidos y en Inglaterra hay movimientos muy fuertes que disponen de revistas con información detallada sobre los comportamientos de las multinacionales, información sobre las campañas de boicot en curso, indicación al consumidor y al ahorrador de cuáles productos evitar por nocivos o producidos por multinacionales, que se comportan mal en el plano social, ambiental o sindical.

La opción de la No-colaboración, además de ser una eficaz estrategia, es un deber moral y político fundamental. Pero, cuando es posible, es importante integrar el gesto del rechazo con el de la alternativa. Me refiero a iniciativas de trabajo, de consumo y de ahorro, organizadas desde abajo y gestionadas con criterios de sentido opuesto a las gestionadas por el sistema. Un ejemplo importante de alternativa económica es el comercio justo y solidario que comercializa productos del Tercer Mundo comprándolos directamente a los pequeños agricultores y pagándolos a precios justos. Podemos citar también los bancos alternativos y las cooperativas de trabajo que tratan de conjugar finalidades productivas y finalidades sociales. La actuación de alternativas gestionadas con criterios de justicia, sirven a quien está oprimido para recibir una respuesta inmediata, aunque parcial, a su condición de injusticia y nos sirven a nosotros porque nos dan la demostración concreta de cómo se puede comenzar a construir un nuevo sistema de desarrollo.

En resumen, diría que los instrumentos de intervención no faltan. El problema es quererlos usar. El problema que una vez más se pone a la escuela es cómo formar chicos que quieran comprometerse. Tal vez el problema no se pondría si nos dirigiéramos a pobres. La historia nos dice que los cambios humanos y sociales han sucedido siempre por el impulso de los pobres. No porque los pobres sean mejores que los ricos, sino porque tienen interés en cambiar las estructuras injustas. Es cierto que también los ricos pueden hacerse protagonistas del cambio. Pero antes deben convertirse. Convertirnos: esta es la tarea más ardua que debe asumir la escuela, so pena de únicamente haber perdido el tiempo.

Convertir quiere decir educar en nuevos valores. Esos valores de los que hemos hablado mucho más arriba. Yo no soy un maestro y no tengo propuestas serias que hacer para lograr este objetivo. Creo que el encuentro con personajes como Cristo, Gandhi, Schumacher, sean de fundamental importancia. Pero pienso también que los valores se asimilan viviéndolos. Por eso es importante que haya una continuación, una compenetración entre escuela y vida, que la escuela sea un instante de llamada a la coherencia. Naturalmente, el primer lugar donde vivir los valores debe ser la propia escuela y, a esta luz, asumen gran

importancia ciertas técnicas y ciertas actitudes. Me refiero, por ejemplo, al uso de la escritura colectiva, que obliga a un continuo ejercicio de escucha, de desprendimiento de sí, de respeto al grupo, de valoración del otro. Me refiero, incluso, a ciertas formas de solidaridad que pueden realizarse entre compañeros, en el ámbito escolar, a no estudiar por la nota, etc.

Antes de acabar, quiero hacer una última recomendación. Independientemente de la simpatía o antipatía que cada cual tuviera por el sistema comunista, su fracaso ha creado en todos un sentimiento de desilusión, de vacío, de desánimo. En realidad no ha fracasado más que un régimen represivo. Pero en nuestros corazones ha fracasado una esperanza: la esperanza de lograr, verdaderamente, construir una alternativa al servicio del hombre. Hoy, el sentimiento más extendido es el de la impotencia y la desconfianza en nosotros mismos. Nos decimos que cambiar es imposible.

La escuela debe combatir este sentimiento de desconfianza con todo su ser. Debe afirmar que la única esperanza para los pobres de hoy y los hijos del mañana somos nosotros.

A fin de cuentas, debe enseñar a luchar, no por la perspectiva de las conquistas, sino porque sabemos que estamos en lo que es justo. Debe decir que el hombre vive un período de tiempo demasiado limitado para valorar los frutos de su entrega. Debe decir que los frutos de la entrega se recogen en la eternidad.

¹ MILANI, L (1965): "Carta a los jueces". *Sínite*, 49, 111-134.

² ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BARBIANA (1970): *Carta a una maestra*. Barcelona: Nova Terra.

Notas

Franco Gesualdi

Exalumno de Don Lorenzo Milani en la escuela de Barbiana. Presidente del Centro Nuevo Modelo de Desarrollo en Pisa.